


Om

La montaña roja

FELIPE COLORADO



Premio
DESNIVEL
DE LITERATURA
2009

OM

LA MONTAÑA ROJA

© Felipe Domingo Colorado Lobo
© Ediciones Desnivel, S.L.
San Victorino 8 – 28028 Madrid
www.desnivel.com

1ª edición: diciembre de 2009

Fotografía de portada:

Caption: shown here is a digital mosaic (la unión mediante medios digitales de varias fotos sacadas por el satélite) of Olympus Mons, the largest known volcano in the Solar System.

Spacecraft: Viking Orbiter 1

Date: 1998-06-04

Image Credit: NASA/JPL/USGS

Diseño de portada: Javier Aguilar

Maquetación: Lluís Palomares

Impreso por: IMPRIMEX

ISBN: 978-84-9829-179-7

Depósito legal: M-47434-2009

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*El futuro tiene muchos nombres.
Para los débiles es lo inalcanzable.
Para los temerosos, lo desconocido.
Para los valientes es la oportunidad*

VÍCTOR HUGO

ÍNDICE

Palabras clave	9
Prólogo. La mirada del arquero	11
Primera Parte. Algún día tenía que lograrse	19
Enero 2159	19
Abril 2159	54
Junio 2159	78
Septiembre 2159	85
Noviembre 2159	90
Diciembre 2159	91
Febrero 2160	106
Segunda parte. Preludio a una odisea marciana	115
Marzo 2160	115
Abril 2160	144
Mayo 2160	153
Tercera Parte. Tensando el arco	163
Mayo 2160	163
Junio 2160	190
Cuarta Parte. Rapsodia en rojo	217
Epílogo. Sólo materia y energía	345
Julio 2160	345
Mapas	347

PRÓLOGO.

LA MIRADA DEL ARQUERO

La sensación de caída inminente es una experiencia difícil de explicar a aquellas personas que no frecuentan los entornos laborales o deportivos en altura. Pensemos por un momento en el sabor de nuestra comida favorita o en el olor de una agradable fragancia. La generación de endorfinas que producen engendra un estado de bienestar y euforia. En la montaña este estado puede acontecer como consecuencia de unos crampones mordiendo el hielo con seguridad, con ese sonido de cristalización bajo las puntas, como si el suelo nos sujetara con invisibles raíces heladas, o cuando mosquetoneamos una cuerda en un punto de aseguramiento de calidad tras un largo difícil, con nuestro cuerpo sincronizado con las presas de la roca, bailando una danza maravillosa e irreplicable con la pared. Pensemos ahora en el olor más desagradable que hayamos sufrido. El hedor de la putrefacción de la materia orgánica es algo que no se olvida, genéticamente nuestro cuerpo lo rechaza como medida de supervivencia, se queda impregnado en nuestras ropas, cuerpo y cabellos y sobre todo en nuestra mente. Así es la certeza de la caída segura, más terrible para el cerebro que la inmediata y por sorpresa. En esa lucha desesperada por mantener la tensión muscular; por conservar el equilibrio cuando los crampones resbalan sobre la roca y los piolets no están bien anclados, esos segundos donde imaginas el metal arañando la piedra, desprendiendo chispas, mientras la gravedad te esclaviza... te ves cayendo como si tuvieses otro tú puesto de pie sobre tus hombros, pensando en la mejor forma de colocar tus piernas y tu tronco para sufrir menos daños. Esa sensación ya no te abandona, el hedor te ha impregnado y ese miedo visceral te perseguirá en la oscuridad onírica de tus sueños. Afortunadamente en ellos nunca llegarás al suelo.

La mirada del arquero.
FRED-ALAIN SALEINAZ. 1ª Ed. 2153.

La madrugada me sorprendió con escarcha en el cabello, soñando con avalanchas y caídas. Envidio a las chovas que pueden saltar al vacío y volar hasta el valle. Yo no puedo evadirme de este muro de silencios y lamentaciones, de esta cárcel cuya huída pasa por la cumbre.

En el frío del vivac eché de menos el calor de tu voz, con esas nubes de vapor húmedo acariciando mi rostro en lugar de los pulidos dardos del hielo.

Me imaginé desnuda sobre un prado alpino, verde de hierbas, amarillo de flores, azul de cielo puro, blanco de nieves lejanas. O tal vez en una playa tropical sobre la cálida arena, con las sinuosas palmeras mirando sus copas en un espejo amatista y el sol, jugueteón, sobre mi cuerpo.

Este mundo mineral y descarnado se muestra exento de olores. Sólo el acre aroma de mi sudor y la áspera fragancia del sulfuro cuando chocan las traidoras rocas, desgajadas por el hielo, cerca de mi cabeza. El olor del azufre parece amenazar con la travesía de la laguna Estigia.

Sólo el lejano balido de una oveja me liga al mundo horizontal. Me desconecta de esta irrealidad, esta abstracción, de este peregrinaje entre símbolos. La imagino en el valle, pequeñita, buscando el calor de los suyos.

No me sigas, ovejita, no franquees las puertas de esta ciclópea e inhumana morada de los dioses.

Soy pequeñita, como la oveja. Como cuando niña miraba los terribles colmillos de los Pirineos y preguntaba ¿es posible que alguien suba ahí?

¿Qué es más poderoso? El cielo descarga sus furias contra la montaña. Sus vientos cegadores, sus tormentas aterradoras, agua, nieve y hielo sin medida.

La montaña desgarrar el cielo a dentelladas, juega con sus nubes a voluntad, transformando los cúmulos más densos en jirones de espuma vaporosa.

Piedra, papel o tijera. Yo debo ser papel, la montaña, por supuesto, la piedra y el cielo las tijeras. La piedra rompe las tijeras, las tijeras cortan el papel, el papel envuelve la piedra.

Me gusta esa metáfora, no siempre cierta. Soy un papel en blanco que se escribe en cada ascensión, que desciende suavemente aprovechando el roce de los vientos.

Las tijeras me cortan y, si la piedra me arruga plegándome sobre mí misma, caeré a plomo hasta el valle. Yo no quiero bajar así, quiero bajar como las chovas, de negro plumaje y rojo pico.

Rojo como la sangre que mancha la roca en este rito pagano, negro como el vacío, como la muerte cuando golpea con alas de plomo.

¿Qué haces aquí, oveja descarriada? ¿Por qué abandonas los amables fogones de tu bogar? ¿Dónde quedaron tus amores? Siempre me lo pregunto. «No volveré nunca más» – juro por lo más sagrado.

Las letras del papel se desdibujan con las primeras lluvias de la rutina, se diluyen con las primeras luces del sedentarismo. Y de nuevo la página en blanco deseosa de ser escrita.

Las páginas de mis padres se han escrito con letras de sangre. He llorado su pérdida con lágrimas de mercurio, clavando mis uñas en la carne en el paroxismo del dolor, sabiendo que una parte de mí moría con ellos.

Maldije a la montaña con expresión crispada inunca más tendrás poder sobre mí! Las parcas no cortarán los hilos de araña de mi vida, pobre marioneta, en tu imperio inerte.

Y otra vez estoy aquí ¿Qué contestaré a los que me preguntan por qué lo hago? ¿Qué justificación daré a los que sufren por mí? A los que miran a lo lejos con el gesto esperanzado, las manos nerviosas, la mirada cansada que no volverá a ver el barco, perdido en la galerna.

¿Qué puedo decir? No puedo evitarlo.

Almohada de nubes. 'Piedra, papel o tijera'.

ITZIAR KUMAR.

5ª Edición, 2158.

“Trágico balance de las expediciones al Olympus. Al menos tres muertos y varios desaparecidos, según fuentes no oficiales. El juez instructor del caso decreta el secreto del sumario...” [Comprar noticia](#)

Diario digital *Alternativa Tres*. 28/6/2160.

Viernes 20/6/2160

Ladera norte de Olympus Mons

Zona volcánica protegida de Tharsis

Marte

Los antiguos egipcios lo llamaron Her Descher, el Rojo. La cultura griega lo identificó con Ares, dios de la guerra, por su tonalidad rojiza que recordaba la sangre y la violencia. Precisamente era uno de esos días en que el apelativo quedaba perfectamente justificado. A medio camino de la cumbre se movían con rapidez nubes blancas de dióxido de carbono y agua; y amarillas, las más amenazadoras, compuestas de partículas microscópicas de polvo con la consistencia del humo, que no respetaban ni las juntas de los trajes de expedición más avanzados. Las rachas de viento alcanzaban los ciento veinte kilómetros por hora, esmerilando la ladera basáltica, desde la cual era imposible vislumbrar la cumbre o la base de la descomunal montaña; cuya masa, en la gravedad terrestre, se habría hundido profundamente en la corteza. Cuatro expedicionarios con trajes autónomos marchaban encordados, envueltos en la luz malva salmón del crepúsculo marciano. La figura en cabeza, en apariencia la menos corpulenta, tecleaba frenéticamente con su mano derecha sobre su antebrazo izquierdo. En el visor de su casco se proyectaban coordenadas, datums y cifras de almanaques que no acababan nunca de cuadrar. El sol era un punto difuso velado por volutas de polvo rojizo, su halo auguraba una noche fría, posiblemente por debajo de los ochenta grados bajo cero. La tercera persona llevaba la mano derecha apoyada sobre la cadera, en gesto de dolor. Uno de los montañeros contactó mediante la frecuencia privada con el jefe de expedición.

—Fred, vamos a rebasar el punto de no retorno, deberíamos parar y recapacitar.

—¿Qué propones? ¿Dar la vuelta?

—Es una opción a valorar, la visibilidad está empeorando, hace frío y mañana habrá niebla. Si no solucionamos los problemas de orientación va a ser difícil encontrar el tercer depósito.

—Para encontrar el segundo vamos a tener los mismos problemas.

—Y una vez que lleguemos ¿qué? No sabemos qué ha pasado en el campo base.

Fred apretó las mandíbulas con rabia e impotencia y los pelos rubios e hirsutos del bigote se le clavaron en el labio inferior.

—Ha sido culpa mía, como la última vez.

—Eso no es verdad.

—Voy a separarme del grupo. Vosotros podéis hacer cumbre o quedaros, yo voy a Pangboche.

—¡Estás loco! No sabemos si siguen con vida. Aunque llegues a sus depósitos te estarías metiendo en la boca del lobo.

—Si voy a morir necesito respuestas.

Jueves 10/1/2160

Base marciana de la Corporación Elisio

Elysium Planitia

Marte

Fobos, una de las dos lunas de Marte, recorría su órbita velozmente, brillando con debilidad sobre el firmamento marciano.

En el planeta el sol comenzaba a elevarse tras las rojizas dunas de la Planicie de Elysium. En su ascenso apareció rodeado de un halo azul en un oscuro cielo, aún no teñido de su color salmón característico.

En el suelo brillaban manchas de escarcha de agua lo que era signo de un fuerte descenso de las temperaturas nocturnas.

Sobre el satélite los trabajadores de la factoría de microgravedad del cráter Stickney se preparaban para el cambio de turno. Los científicos se asombraban aún de que la irregular luna no quedara destruida en el impacto que originó el enorme Stickney y que dejó cicatrices visibles a lo largo del torturado peñasco. Boris Korolev bostezó por enésima vez y se consoló pensando que abajo sus compañeros estarían accediendo a los trenes subterráneos para incorporarse a sus puestos de trabajo. Por desgracia desde Stickney no se veía Marte, como en aquel verso antiguo que glosaba la enorme tragedia de ser ciego en Granada.

El gerente de Base Elisio se dirigió a su despacho a través de un desnudo pasillo cilíndrico de hormigón pretensado. A su paso, las luces se encendieron dos metros por delante y se apagaron un metro por detrás.

Al llegar a la maciza puerta circular extendió su mano en ademán de saludo.

—Buenos días Sr. Otón. —Saludó una voz sintética.

La puerta de inicio del pasillo se cerró con un familiar sonido amortiguado, abriéndose la de la sala de juntas.

Una desagradable brisa fría le golpeó en la cara. Se tapó el cuello con una mano ocultando los distintivos de su experiencia colonial. Odiaba esos cambios de temperatura al entrar en una estancia vacía. En realidad representaba un gran logro poder climatizar el volumen de la sala en tan poco tiempo y con el máximo ahorro energético.

—Sr. Otón, ¿Desea consultar su agenda? —le preguntó la misma grave voz masculina que le había recibido.

—Sí, pero primero activa las vistas exteriores y conecta con Rupert Trichant por holoconferencia.

Proyectores invisibles mostraron una vista totalmente real del exterior enmarcada en pulidos bordes metálicos. El cielo iba iluminándose con tonalidades rosadas, se apreciaba polvo en suspensión de la última tormenta aunque se distinguían nítidamente las construcciones semicilíndricas ocupando la extensa llanura. Una estilizada nave hipersónica abandonaba el espaciopuerto.

—¿Desea antes un té?

Jonathan Otón lo pensó unos segundos. Sí, prefería tener las manos ocupadas cuando hablase con Rupert Trichant. Todo este asunto le ponía un poco nervioso.

La imagen mostraba a un hombre con un ceñido traje. Dichas prendas acostumbraban a estar diseñadas en color gris claro con notas de color azul, rojo, amarillo y gris oscuro en distintas configuraciones: hombros, laterales del torso y axilas, mangas y piernas. Eran vestidas por todos los colonos espaciales y su nivel de lastre y esfuerzo frente al movimiento dependía de la fracción de g (aceleración de la gravedad terrestre) de cada lugar. Rupert Trichant apareció a unos metros del asiento de bambú del gerente. Rupert ostentaba el cargo intermedio de subsecretario de Relaciones Publicas de la Corporación Elisio.

—Buenos días, Jonathan.

Rupert Trichant constituía el paradigma del perfecto directivo de la Corporación Elisio. Joven colono de segunda generación. Excelente formación. Amigos en las altas esferas de la empresa. Dueño de una cuidada imagen. Un estupendo comunicador que sabía elegir las frases más adecuadas en toda situación. Con una ambición y una posible falta de escrúpulos que a duras penas lograban disimular sus impecables modales.

—Buenos días, Rupert.

—¿Qué tal tu familia, Jonathan?

—Muy bien, muchas gracias.

Jonathan dio un sorbo al té con expresión de desagrado. Las infusiones cada vez estaban más amargas, no se sabía si por una carencia de agua o de azúcar. Era como si las dosificase el fantasma del mismísimo D'Hort.

—Me alegro mucho, Jonathan. ¿De qué querías hablarme?

—Los jefes me están apretando con la historia del Olympus. ¿Cómo van las negociaciones con el Alto Comisionado?

—Las negociaciones están resultando muy complicadas, pero nuestros accionistas más activos están movilizandando todos los medios para conseguirlo.

—La verdad es que no entiendo qué interés puede tener para Elisio esa aventura.

—Como dicen los alpinistas: si lo entiendes no precisa explicación y si no lo entiendes es inútil la explicación —contestó, sonriendo con suficiencia.

—Una frase muy ilustrativa. Entonces, ¿qué les transmito a mis superiores?

—Jonathan, Jonathan... me presionas mucho...

Al gerente no le gustaban las personas que repetían tu nombre en exceso y siempre te colocaban en situación de deberles un favor.

—No te preocupes, Rupert. Si no habéis realizado avances se lo comunicaré así. Tengo entendido que Fred Saleinaz tardó cuatro años en conseguir el permiso de ascensión.

Otón percibió una mueca en la cara de Rupert Trichant y se alegró mentalmente. No entendía de alpinismo pero sí de la importancia de la información cuando se trataba con personajes como su interlocutor.

—Puedes informarles —empezó con gravedad— de que hemos iniciado conversaciones con Ladislav von Werner. Como estás tan al corriente, supongo que le conocerás. Es probablemente el mejor explorador del Sistema Solar.

Jonathan asintió. El nombre le sonaba aunque no tenía referencias de él, a diferencia de Fred Saleinaz —Freddie— bien conocido por los más veteranos de la base.

—De acuerdo, Rupert. Anoto el posible fichaje de Ladislav von Werner y con relación al permiso de ascensión quedamos a la espera de vuestras noticias.

—Dalo por hecho. En cuanto tengamos luz verde se contratará a los miembros del grupo y en primavera subirán el volcán.

—¿Quieres decir la próxima primavera?

—Si se consigue el permiso, sí. Ve preparando un oficial de enlace.

—¿No vas a hacer tú los honores?

—No, debe ser una persona de la superficie.

—No creo que tengamos a nadie cualificado para esa misión.

—Eres muy modesto. Seguro que lo encontraréis en cuanto busquéis un poco.

—Informaré de vuestra petición.

—Jonathan, tengo que dejarte, la estación orbital va a perder cobertura en breve. Saluda a tu familia.

—Un abrazo para tu padre, Rupert.

Jonathan Otón suspiró preocupado. Este destino no le gustaba. Demasiados acuerdos tácitos, demasiadas promesas y secretos peligrosos, un mal paso te podía conducir al camino sin retorno, aquel que sólo permite la huida hacia delante.

PRIMERA PARTE.

ALGÚN DÍA TENÍA QUE LOGRARSE

ENERO 2159

Protocolo del Tratado Marciano

Anexo VIII

Artículo 6

6. Condiciones para la expedición de permisos de ascensión en la región volcánica protegida de Tharsis (Marte).

6(i) Acceso y circulación en la zona.

El ingreso a la zona está prohibido, excepto con un permiso expedido por una autoridad supranacional pertinente designada de conformidad con el artículo 6 del Anexo VIII al Protocolo al Tratado Marciano.

El permiso de ascensión a la zona sólo puede expedirse con fines de investigación científica o fines de gestión esenciales. [...]

- No se introducirán sustancias químicas ni radioisótopos en la zona, con excepción de aquellos permitidos para fines científicos o de gestión.
- No se deberá almacenar combustible en la zona, salvo que se utilice para una actividad autorizada. No se construirán depósitos permanentes en la zona. [...]

Se podrá recolectar o retirar material de la zona únicamente de conformidad con el permiso y dicho material deberá limitarse al mínimo necesario para fines de índole científica o de gestión. [...]

Se podrán conceder permisos para ingresar en la zona a fin de realizar actividades de vigilancia, inspección o rescate. [...]

El último permiso de ascensión concedido fue en la primavera de 2153.

Europa era un continente ocupado por la Unión Europea, una de las federaciones de estados más influyentes del planeta Tierra. Compartía nombre con una de las lunas de Júpiter, el puesto más avanzado de la humanidad, donde unos miles de personas se afanaban en extraer valiosos recursos de la atmósfera del planeta gigante.

Desde la superficie helada de la luna, ligeramente más pequeña que el satélite terrestre, las vistas son espectaculares. La cercanía al masivo planeta permite contemplarlo a gran tamaño y con enorme nitidez. Los fenómenos que más vivamente captan la atención son sin duda las manchas rojas y blancas en las zonas sur tropical y templada, seguidas por sus sutiles anillos de polvo y grava. No había ojos humanos en la brillante superficie de Europa. Con una leve atmósfera de oxígeno, temperaturas de -162°C y una elevada radiación, es un lugar poco recomendable para la vida. Mucho más agresivo que las montañas del Himalaya, los desiertos más tórridos o los mares más tormentosos de la Tierra. A pesar de todo, enormes antenas de radio protegidas dentro de cúpulas semiesféricas, suplían los sentidos humanos, a salvo a tres kilómetros de profundidad.

Miércoles 10/1/2159

A 3 Km bajo la superficie. Nueva Bruselas. Europa, segunda luna de Júpiter. Oficina del director. Museo Alpino

El trabajo principal de Fred Saleinaz consistía en monitorizar las rutinas de entrenamiento deportivo de todos los habitantes de la colonia a partir de los seis años. Este era el proyecto que le había llevado a los asenta-

mientos espaciales, aunque en la Luna y Marte se había dedicado a otros cometidos.

Realmente Nueva Bruselas (en virtud de la norma de población inversa de la directiva D'Hort) contaba con un número idóneo de sujetos para realizar las premisas de su programa. Desde los albores de la conquista espacial, la humanidad se había enfrentado al deterioro físico que supone la gravedad reducida. Los cosmonautas que volvían del espacio tras una corta estancia no podían caminar por sí solos, a pesar del ejercicio físico constante. Esto se palió, en parte, con la gravedad simulada mediante giro en estaciones orbitales y naves de transporte; y por medio de trajes lastrados y de contrapresión mecánica en las colonias planetarias o satelitales, amén de ejercicio diario, terapias génica y hormonal y dietas especiales.

La aportación del método Saleinaz se basaba en una actividad personalizada, trabajando todos los músculos posibles en una función deportiva y gratificante, y entrenando el resto mediante métodos menos lúdicos.

En Europa la escalada en hielo y el patinaje se contaban entre los deportes favoritos. Para ambos existían allí las instalaciones más amplias y modernas del Sistema Solar.

En sus dos años de permanencia en el satélite joviano habían pasado por las manos de Fred Saleinaz las casi seis mil fichas deportivas de los habitantes de Nueva Bruselas. Cíclicamente revisaba sus datos antropométricos y constantes vitales, modificaba sus entrenamientos y resolvía las alertas relativas a lesiones, patologías (descalcificación, debilidad muscular, pérdida de masa cardíaca...) o desánimo, en colaboración con el cuerpo médico y el gabinete de psicología. Desde el museo organizaba todo tipo de eventos, conferencias, exposiciones y proyecciones para difundir la cultura alpina y los valores más nobles de la montaña. Estaba convencido de que una población motivada y sana es una población más feliz. Este curso contaba con la ayuda de Sergio, un universitario que realizaba sus prácticas becadas en el museo. Un chico simpático y espabilado pero con todos los irritantes efectos secundarios de la post adolescencia más recalcitrante.

Sergio observó la señal que indicaba la presencia de visitantes a la entrada del museo. Esperó un segundo para saber si el director quería acudir en persona. En ocasiones se dignaba sacar su metro ochenta y cinco del despacho para recibir a algún vip y a determinadas personas de rango intermedio. Los afortunados eran acompañados por el director y amenizados con sus comentarios a lo largo de las salas. A juzgar por las risas, sobre todo las femeninas, las historias de Fred Saleinaz resultaban francamente divertidas.

El jefe no manifestó su intención de recibir a las dos señoritas que aguardaban a la entrada. Sergio se alegró mucho pues resultaron ser dos compañeras de clase, una de ellas la adorable Xiao. El muchacho abandonó su escritorio, cruzó un pasillo interior y saludó con su mejor sonrisa a sus compañeras.

—Bienvenidas. Aquí están vuestras gafas RV (realidad virtual). Si tenéis alguna duda o queréis complementar cualquier información estoy a vuestro servicio.

—Gracias Sergio, eres muy amable —agradeció Xiao.

El muchacho se arrepintió de no haber impuesto su presencia con más decisión. Su jefe no habría permitido otra alternativa que acompañar a las damas. Por desgracia él no poseía el atractivo, la experiencia y la extroversión necesarias.

—Si me necesitáis sólo tenéis que comunicárselo al SE (Sistema Experto, ordenador inteligente) —concluyó.

Una vez en el interior contemplaron un impresionante despliegue holográfico de recibimiento. Un personaje virtual se acucillaba sobre una exigua roca a gran altura. Con movimientos felinos se desencordó y destrepó hasta el nivel de las universitarias. Se presentó como Emilio Comici, el SE que les guiaría a través de las secciones históricas del museo.

—Es muy guapo —comentó Xiao.

—A mí me gusta más Sergio —opinó su amiga, y ambas rieron.

Comici condujo a las chicas frente a una pared de cemento al lado de otra visitante. Se proyectó para ellas un hermoso lienzo del Grossglockner de Edward Compton de 1918. El pico del Hoe Tauern mostraba a los pies de sus aristas un valle extrañamente helado. La otra visitante, miembro de la sección de misiones orbitales, era acompañada por un maduro Edward Whympfer, glosando con expresión exaltada las virtudes de un óleo de las torres de Vajolet, que emergían entre jirones de niebla, alzando sus espígoles hacia un cielo virtuosamente pintado por el artista. Las tres mujeres lucían diversas variantes de peinados con pelo corto en una síntesis de estilos *bob*, *carré* y recogido *wet*. Aunque en Europa la inmensa abundancia de agua permitía a hombres y mujeres llevar el cabello largo, la experiencia colonial de la mayoría mantenía las viejas costumbres. La mujer madura portaba en el cuello del traje lastrado los distintivos de su carrera.

Sergio observaba el recorrido de sus amigas por la sala. Sabía que Xiao era muy aficionada a la escalada en hielo y que admiraba a Herbert, un alumno de un curso superior, campeón sub veintiuno de Nueva Bruselas.

En el despacho del director se recibió una comunicación procedente de la Tierra.

—Transmisión entrante. Respuesta del Alto Comisionado de la ONU para las Colonias Espaciales —anunció una voz sintética, idéntica a una voz real.

—¡Joooder!

Fred-Alain casi se cayó del sillón de bambú.

La sala rectangular de unos quince metros cuadrados mostraba las paredes totalmente tapizadas por jardines verticales, plantas verdes de pequeño porte seleccionadas para conseguir un máximo rendimiento en fijación de dióxido de

carbono y entrega de oxígeno. Musgos, bromelias, orquídeas, messen o festucas constituían algunas de las especies botánicas utilizadas, la mayoría epífitas que apenas precisaban sustrato.

En uno de los lados más largos del rectángulo se abría un ventanal real, no proyectado holográficamente, a la avenida Asterius. Ocultos en el falso techo a lo largo de las paredes miríadas de pequeños puntos de luz, blancos y amarillos, entregaban la energía necesaria a las plantas en periodos simulados de día y noche. Por el agua no había que preocuparse, toda Nueva Bruselas había sido excavada en el hielo.

El director se pidió tranquilidad a sí mismo. Llevaba tres años cumpliendo el rito de pedir el permiso de ascensión al Olympus, acompañado de su memoria científica y su justificación socioeconómica. El ACNUCE (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para la Colonización Espacial) valoraba positivamente sus propuestas y le invitaba siempre a probar en el siguiente año fiscal. Pensó, divertido, que aún le quedaban más de veinte años para jubilarse y seguro que tarde o temprano lo conseguiría.

—Activa visor. Veamos, ¿cuándo salió esto de la Tierra?... No está nada mal, sólo ha tardado diez horas terrestres en llegar. Lectura en voz alta, por favor.

A la atención de: Fred-Alain Saleinaz.

Asesor de Cultura Deportiva de la ONU.

Miembro del Consejo de Dirección (Junta Directiva) de Nueva Bruselas.

Director del Museo Alpino.

Júpiter. Europa. Nueva Bruselas. Avenida Asterius nº 26.

De: Departamento de Valoración de Proyectos.

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para la Colonización Espacial (ACNUCE)

Ginebra. Unión Europea. La Tierra.

«Vista la solicitud y la documentación presentada por usted, solicitando permiso de ascensión al Olympus Mons en la zona volcánica protegida de Tharsis, Marte, con acceso al domo somital y a la caldera.

Visto el informe del Servicio de Inspección y teniendo en cuenta la O. de 24 de julio de 2102 (BONU 4 de agosto) denominada Protocolo del Tratado Marciano, que regula en su Anexo VIII la concesión de permisos de entrada a las zonas protegidas de Marte, se comunica que **REÚNE** los requisitos exigidos en la mencionada normativa, por lo que procede conceder la acreditación para realizar la ascensión».

—¿Has dicho reúne? —interrogó con sorpresa.

—Sí. ¿Repito la frase?

—Sí, por favor.

—Es un placer.

—Se comunica que **REÚNE** los requisitos exigidos en la mencionada normativa, por lo que procede conceder la acreditación para realizar la ascensión.

—¡Sí, sí! —gritó, levantando los brazos con gesto triunfal.

—Repito...

—No es necesario, prosigue con el rollo jurídico.

»La expedición se realizará con los medios técnicos necesarios para salvaguardar la seguridad de los participantes y a la vez con el máximo respeto por el entorno y el mínimo impacto posible. Por motivos presupuestarios la financiación tendrá que ser totalmente privada.

»De no estar de acuerdo con los términos del presente comunicado, que no agota la vía administrativa, podrá interponerse Recurso de Alzada ante el Subdirector de Valoración de Proyectos, en el plazo de un mes contado a partir del día siguiente de la recepción de la presente notificación, según disponen los artículos 1203 y 1204 de la vigente Ley de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas de la ONU y sin perjuicio de cuantos otros recursos estime oportunos deducir.

—A continuación firmas y códigos de autenticación.

—¡Bien, bien! Haz doble copia del documento. ¡Financiación privada! ¡Eso es lo de menos! ¡Lo importante es el permiso!

Sergio se levantó de su asiento en la sala contigua, giró su cinturón de lastre sobre la cintura del pantalón de presión negativa y, asomando su cara pecosa y su pelo rubicundo preguntó, preocupado:

—¿Ocurre algo malo, jefe?

—No, no, en absoluto.

El muchacho conjeturó internamente sobre la salud mental del director. En Europa era considerado un excéntrico, entre otros muchos detalles, por el hecho de no llevar los distintivos de su rango colonial sobre el cuello del traje.

—Sergio ¿Puedo pedirte un favor? —interpeló el director, clavando sus ojos azules sobre su ayudante, mientras acariciaba su corto y dorado cabello.

El universitario, a pesar de su corta edad, conocía bien esas miradas magnéticas que sólo podían presagiar horas extras.

—Pedir es gratis.

—Tengo que contarte una cosa. Será mejor que sigamos con nuestro trabajo y cuando acabemos hablamos.

—Lo que tú digas, Fred —Sergio prefería seguir contemplando los desplazamientos de Xiao por el museo y estar disponible si era requerido.

Sus compañeras disfrutaban de acuarelas, grabados y fotografías de Hackert, Wolf, Sella, Ulrich y un largo elenco de artistas que habían plasmado con mano maestra la belleza y la tragedia que encierran las altas cumbres. Todos habían compartido algo de lo que Sergio carecía. Él nunca había visto una montaña real (abandonó la Tierra siendo niño) aunque, al igual que ellos, se sentía hechizado por el embrujo indescriptible de sus formas salvajes y puras, el sonido cantarín de los arroyos, el murmullo o rugido de sus vientos, la verticalidad de sus pirámides rocosas o la redondez femenina de sus domos nevados. Amaba algo efímero e intangible que nunca había sentido y que quizás tardase muchos años en sentir. La montaña es una diosa caprichosa —le dijo en una ocasión su jefe— Te lo dará todo, se tenderá para ti como el arco iris y te descubrirá los secretos más recónditos de tu corazón. A veces te permitirá incluso compartir su divinidad en sus cumbres. Pero un solo error interpretando sus veleidades te arrastrará a la perdición, a tus compañeros y a ti. Esa es su grandeza y su miseria. Sergio memorizó cuidadosamente el comentario de su jefe, no sabía si resultaba aplicable sólo a la montaña o también a las mujeres, las cuales Freddie parecía conocer demasiado bien y él aún desconocía por completo. Xiao era como un inasible pico que probablemente nunca llegaría a tocar.

Cuando apenas quedaban diez minutos para cerrar las puertas Sergio entró al despacho de Fred Saleinaz. Como sabía que el jefe quería pedirle algo supuso que se mostraría receptivo frente a sus propuestas, así que le preguntó a quemarropa:

—Fred, ¿has pensado en el audiovisual sobre la cara humana de los himalayistas?

Una sonrisa socarrona difícilmente contenida se dibujó en el rostro de Fred.

—¿Te refieres a esa obra magna que asegura que los ochomilistas se inyectaban sangre de sherpa y subían las montañas de tres en tres? ¿A esa enciclopedia galáctica del saber alpino que defiende que Don Whillans se bebió diez litros de alcohol antes de escalar en la Patagonia? ¿A ese sesudo documento que certifica que el duque de los Abruzzos era hijo de un rey? Y, claro, por eso le llamaban duque y no príncipe.

—¡Qué fuerte! ¡Pues no sabes lo mejor! Me han llegado unas imágenes muy deterioradas de Juan Oiarzabal, en bañador, en una isla tropical, comiéndose una tarta a bocados...

—¡Venga, más leña al fuego! Messner era un perturbado que se hizo fotos con el Yeti y se inyectaba sangre de sherpas, Oiarzabal se retiró a una isla paradisíaca a jugar a las tartas y... ¡Exclusiva mundial! La famosa cogorza de Whillans en Patagonia es mentira, estaba encubriendo los excesos de... chan, chan... Bonington.

—Pues mis fuentes me han informado que existen imágenes de una fiesta de tu querido Chris con hombres vestidos de mujer.

Fred ya no pudo contener la risa

—Mira, chaval, no me toques los boningtons porque te meto una colleja y Júpiter va a tener un nuevo satélite.

—Entonces tengo carta blanca para hacer el montaje ¿no?

—Vamos a ver, alma de cántaro, ¿qué es eso de la cara humana de los alpinistas? ¿Acaso eran flotantes jovianos que poseyeron unos cuerpos terrestres para subir montañas? Porque, claro, en Júpiter mucha nube y mucha tormenta pero poquito para escalar.

—La cara humana supone la desmitificación, la asunción de la realidad de unos hombres de carne y hueso que tenían sus problemas personales, sus frustraciones, sus vicios y que aún así vencieron a todos sus fantasmas y realizaron increíbles logros que empujaron los límites del espíritu humano.

—Eso que has dicho me ha gustado mucho —admitió Fred con expresión pensativa—. Pero no creo que nadie ponga en duda que era gente normal, con sus defectos y virtudes. Lógicamente con una pasión, una curiosidad y un afán de aventura excepcionales que les llevaba a arriesgar su vida. Recuerda que cuando Messner escaló el primer ochomil sin oxígeno, todos pensaban que eso era una muerte segura.

—Eso es precisamente lo que yo quiero plantear en mi documental.

—Sí, pero no basándote en informaciones mal contrastadas o discutibles. Ten en cuenta que el conocimiento que nos ha llegado de la cultura alpina es desgraciadamente fragmentario. ¿Te parece justo que Juan Oiarzabal sea recordado como un zampabollos?

—Vale, ¿y si participó en un concurso de comer tartas? ¿Qué problema existe en mostrar esa faceta divertida? ¿No daría eso más valor a sus hazañas montaÑeras?

—Los jóvenes vais siempre a lo romántico, a lo exótico o a lo directamente kafkiano. Mira, si contrastas todas las informaciones, y no en la *friqui-pedia* esa que tienes montada con tus amiguetes lunares, en ese caso revisaré tu proyecto.

—¿Pues sabes lo que opino de los adultos?

—No, pero seguro que me voy a enterar muy pronto.

—Pues pienso que sois unos frustrados porque siempre estáis pidiendo cosas al Alto Comisionado y sólo os conceden la mitad de la mitad y cuando les da la gana.

—Por eso siempre pido el doble de lo que necesito.

—Sí, ¿no?

—Ya te he dicho que sí.

—Igual que mis padres, siempre quejándose pero luego actúan conmigo como si fueran la ONU.

—Y tú actuarás así cuando llegue el momento.

—¡Pues eso es la muerte del espíritu humano!

—Guardemos un minuto de silencio —pidió, simulando secarse unas imaginarias lágrimas. Los dos se echaron a reír.

—Chavalote, hemos perdido unos minutos preciosos en nuestro trabajo para la salvación cultural de la humanidad, tiempo que tendremos que recuperar tras la hora habitual de cierre.

—¿No empezamos la última conversación hablando de favores?

—No creo que tu precio sea tan bajo como el mero hecho de que te perdone unos minutos.

—Claro que no, pero el que algo quiere debe comenzar con un mínimo de buena voluntad.

—¿Y si te suspendo las prácticas, tiernazo?

—Entonces nos olvidamos de favores.

—Eres más duro que el Alto Comisionado.

—Tenías razón —replicó chasqueando los dedos y señalando a Fred con el índice— me ha llegado el momento antes de lo previsto.

—¡Peste de adolescentes! —declaró, sonriendo mientras negaba con la cabeza.

En un Sistema Solar convertido en un gran mercado de productos de primera necesidad, con una humanidad corroída por el virus del pragmatismo y aletargada por el rigor de la directiva D´Hort, Fred representaba para Sergio el idealismo de los héroes de las tragedias griegas, la cruzada de los valores morales frente a los bursátiles, el caballero andante nacido con siglos de retraso. El don Quijote de Nueva Bruselas lucharía contra los gigantes del Olympus y él se erigiría como su fiel escudero, y además sacando tajada. ¡Qué flipe!

Lunes 15/1/2159

Base Lunar Internacional. División Mare Imbrium

Consultorio médico

Dr. Aleister Fox

El paciente se quitó la parte superior del traje lastrado con polímeros de alta densidad y señaló su espalda con un gesto de dolor.

El doctor le tocó durante unos segundos. El rostro de Aleister Fox mostraba profundos surcos sobre la despejada frente y los marcados pómulos, sus ojos glaucos encerraban algo hipnótico que hacía perder el hilo de la conversación a los desconocidos. A pesar de esa fisonomía de villano de cine exhibía un repertorio aparentemente interminable de bromas y un lenguaje no